

gérmenes de los sentimientos y de las ideas reveladas por Cristo? Conocemos de antemano la respuesta de los escritores cristianos. «La humanidad, dicen, no ha pasado aún más allá del pensamiento de Jesucristo; no ha podido ni extenderlo ni perfeccionarlo; muy lejos de alcanzar la altura adonde su Salvador ha querido elevarla, no entreve ni aún la posibilidad de conseguirla jamás.» Los discípulos de Cristo no pueden hablar de otra manera. Siendo el Evangelio una revelación de Dios, todo en él debe ser perfecto, y la perfección de la enseñanza es la prueba más irrefragable de la divinidad de su origen (1). La pretendida perfección de la moral evangélica ha sido tan celebrada, que ha acabado por ser aceptada como un axioma, aún por aquellos mismos que no creen ya en la divinidad de quien la ha predicado. Es como el último resto de una antigua superstición. Concebimos el respeto que profesan los creyentes á la palabra del Hijo de Dios: su culto es lógico, porque la divinidad del revelador implica la verdad absoluta de su obra. Pero no comprendemos que este lugar común del cristianismo imponga á los libre-pensadores hasta el punto de que después de haber echado por tierra, no solamente la divinidad de Cristo, sino aún la realidad de su historia tradicional, se inclinen en seguida ante él como ante una personalidad tan eminente que la humanidad debe desesperar de sobrepujarla. No ven que sus sentimientos son contradictorios, y que, aún combatiendo la superstición del Hombre-Dios, ellos mismos le prestan armas. Si Jesucristo no es el Hijo de Dios, es hombre, y por consiguiente imperfecto y falible; luego la moral que ha enseñado no puede ser la verdad absoluta. Si se cree que su enseñanza es perfecta, se está muy cerca de creer que el cristianismo es la última palabra de Dios, y que, por lo tanto, su fundador es un sér más que humano. No hay medio, ó es preciso adorar á Cristo y al Evangelio, ó es menester reconocer que un sér finito no puede producir más que una obra finita.

Para los que leen el Evangelio sin prevención alguna, es tan evidente la imperfección, que es difícil comprender que la humanidad haya visto en él por tanto tiempo un ideal divino. Los teó-

(1) REUSS, *Historia de la teología cristiana*, t. I, p. 273 y sig.

logos modernos no han podido evitar la evidencia más que mediante un sistema de interpretación inventado *ad hoc*. Encuentran una grosera superstición, tal como la de la creencia en los demonios, en los ángeles; la atribuyen á los discípulos, á los que han escrito los Evangelios, ó dicen que el Hijo de Dios ha debido acomodarse á las preocupaciones de aquellos con quienes vivía. ¡Imprudentes apologistas, que arruinan el edificio que quieren sostener! Es menester creerlo todo, como lo hacen los católicos, si no, se quebranta la fe. Jesucristo pasa su vida arrojando á los demonios. ¿Creía en ellos, sí ó no? Si no creía, y aparentaba creer, ¿qué hemos de pensar de su carácter? Si participaba de las creencias de que bien pronto se reirán hasta los niños, ¿qué hemos de pensar de su divinidad? Y, si se atribuyen estas fábulas á los evangelistas, ¿cómo hemos de dar fe á su testimonio? Si no debe prestarse fe á los cuentos de los poseídos, que recitan en cada página, ¿puede admitirse lo que cuentan de la resurrección y los innumerables milagros que llenan sus escritos?

Dejemos aquí los demonios y el exorcismo. Hay en los Evangelios una creencia que ha influido sobre la doctrina moral de Cristo, y es la del próximo fin del mundo. Todos los evangelistas la atribuyen al Hijo del Hombre; á pesar de que se contradicen á cada paso, están unánimes sobre este punto. Lucas está conforme con Mateo, Juan con Marcos. La misma unanimidad hay entre los apóstoles; Pablo habla como los doce, á pesar de sus profundas disidencias. ¿No autorizan estos testimonios á admitir que Jesucristo creía en el próximo fin del mundo? Si creía en él, ha participado de un error popular; y en ese caso, ¿qué es de su divinidad? Si no creía en él, ¿qué es de la credibilidad de aquellos, sobre cuya narración descansa todo el edificio del cristianismo? ¿Se dirá que, imbuidos en las opiniones judías sobre la venida del Mesías y su reino, no han comprendido á su divino maestro y que han expresado mal su pensamiento? Es una triste escapatoria si hay que resignarse á ella; porque la censura no solamente se dirige á pescadores y publicanos, se dirige á San Pablo, el segundo fundador del cristianismo; se dirige á San Juan ó al autor del Evangelio que lleva su nombre, y que es la grande autoridad para establecer la encarnación del Verbo. ¡Así, pues, los que han fundado el cris-

tianismo no han comprendido á Jesucristo! Pero si se han engañado en un punto tan capital, ¿quién nos garantiza que no se han engañado en otros igualmente esenciales? ¿Y qué vendría á ser el cristianismo en medio de todos estos errores?

No podemos admitir que todos los discípulos de Jesus se hayan engañado tan groseramente; sus testimonios son demasiado precisos, demasiado detallados para que sea posible el error. Debemos creer con los apóstoles y los evangelistas que Jesucristo ha predicado el próximo fin del mundo, ó no debemos creer nada de cuanto dicen de su maestro. Pues bien; basta este error para que Cristo deje de ser el Hijo de Dios. Hay más, ha infectado y viciado la predicacion moral de que se quisiera hacer un ideal divino. Que el espiritualismo, y un espiritualismo excesivo, sea el carácter dominante de la moral evangélica, es evidente y todo el mundo lo reconoce. Queda por saber si es la expresion de la verdad absoluta. Pongamos los preceptos del Evangelio enfrente de las creencias actuales de la humanidad, y veamos si es cierto que el espíritu humano, muy lejos de poder sobrepasar al Evangelio, no puede ni aún elevarse á su altura.

Jesucristo desdeña el matrimonio y muestra un escaso aprecio hácia los lazos de familia. En su consecuencia, millones de fieles *se han hecho eunucos para ganar el reino de los cielos*. ¿Semejante enseñanza es expresion de la verdad absoluta? ¿Es una de las señas por las que se reconoce la divinidad del Evangelio y de Cristo? Es casi una impiedad sólo el plantear esta cuestion. La conciencia moderna responde que el matrimonio es una institucion divina, y que el revelador que no comprende lo que hay de divino en ese lazo de dos almas no puede presidir á los destinos de la humanidad. ¿Quién es aquí el órgano de la verdad, Jesucristo ó el espíritu humano?

Jesucristo predica el reino de los cielos, reino exclusivamente espiritual: es decir, que su religion es una religion del otro mundo. De aquí un espiritualismo tan exagerado, que la Iglesia católica ha creído deber trasformar los preceptos en consejos, porque sentia la imposibilidad de hacer de él la ley de todos los fieles. Pero los textos no admiten esta distincion; como una condicion general para la salvacion es como Cristo dice á los que quieren entrar

en su reino, que deben renunciar á todos los lazos que los ligan al mundo, riquezas, familia, patria, y abandonar hasta el cuidado de las necesidades más indispensables de la vida. ¿Reprueba la conciencia moderna al mundo? ¿Condena las riquezas? ¿Ve una condicion de salvacion en esta renuncia? Si son éstos los sublimes preceptos que celebran los teólogos como la prueba irrefragable de la divinidad del Evangelio y de Cristo, tienen que darse por vencidos; porque estos preceptos, en lugar de ser divinos, son máximas de un espiritualismo exagerado, y, por lo tanto, falso. Si la humanidad los hubiera tomado en serio, hace mucho tiempo que no existiria: si, pues, no los practica, no es porque sean demasiado elevados, sino porque están en oposicion con las leyes de la naturaleza. Si estas leyes son divinas, los preceptos que las violan no pueden ser divinos.

Lo mismo sucede con los consejos ó preceptos de humildad, de paciencia, de resignacion que Jesucristo da á sus discípulos. Entendidos y practicados á la letra, destruirian la individualidad humana y las sociedades políticas. La perfeccion evangélica conduciria todavía una vez más á la destruccion de la humanidad. Pero el instinto de la conservacion es muy poderoso para que los hombres y los pueblos hayan pensado en observar preceptos que parecen ser una ley de muerte en vez de una ley de vida. Se han guardado muy bien de presentar la mejilla izquierda al que les abofeteaba la derecha; se han guardado muy bien de abandonar la túnica al que les quisiera quitar el manto; se han guardado muy bien de obedecer ni aún á la autoridad establecida. Por el contrario, han rechazado el insulto por la fuerza, han reivindicado sus derechos, y cuando el poder los ha violado, se han insurreccionado, considerando la resistencia contra la opresion como el más santo de los deberes. ¿Debemos preguntar de qué parte está la verdad y de qué parte el error?

Podríamos continuar esta oposicion entre el pretendido ideal divino del Evangelio y las creencias de la humanidad moderna. Lo que acabamos de decir basta para nuestro objeto. Dirémos solamente una palabra sobre un punto fundamental. Se ha hecho notar mil veces que la moral práctica de los cristianos se reasume en un cálculo: renunciar á los bienes pasajeros de este mundo, para ga-

nar la felicidad eterna. Inútil es añadir que una moral que conduce á la doctrina del interes bien entendido es una moral falsa. Lo que importa saber es si este vicio de la doctrina cristiana se remonta hasta el Evangelio. Nosotros respondemos que sí, y vamos á presentar nuestros testimonios. Hagamos constar primeramente que el error que señalamos es inherente á toda doctrina espiritualista que separa la vida actual de la vida futura, que enseña á los hombres el desprecio del mundo para conseguir la felicidad celestial. En efecto, esto se reduce á decir: renunciad á las falsas alegrías de la existencia terrestre, y gozaréis de la felicidad angélica en la otra vida. La virtud es un medio, la felicidad es el fin. Hé aquí la moral interesada en su esencia. Ahora bien; ¿qué predicaba Cristo? «Enmendaos, haced penitencia y entraréis en el reino de los cielos.» ¿No es este el gérmen del cálculo que aún hoy hacen los cristianos, y que consiste en *ganar el cielo*? Esto es tan cierto, que la idea del reino de Dios, concedido como recompensa, vuelve á aparecer á cada instante en los discursos de Jesucristo. Citamos al acaso:

«Tomando Pedro la palabra, dice: «Hé aquí que lo hemos abandonado todo y que te hemos seguido: ¿qué ganancia nos vendrá de ello?» Y Jesus les dijo: «En verdad, yo os digo que vosotros que me habeis seguido, cuando el Hijo del Hombre se asiente en el trono de su gloria, estaréis tambien sentados sobre doce tronos, juzgando á las doce tribus de Israel. Y cualquiera que haya abandonado su casa, ó hermano, ó hermana, ó padre, ó madre, ó mujer, ó hijos por mi causa, recibirá ciento por uno y heredará la vida eterna» (1). Todos los evangelistas reproducen estas palabras. Son completamente la concepcion vulgar. Pasajes hay en que la misma idea está expresada bajo una forma todavía más extraña: «Dad limosna, dice Cristo, y recibiréis la recompensa» (2). Así comprendida, la caridad viene á ser un préstamo usurario. ¿Se achacará esta falsa moral á los discípulos de Cristo? En ese caso repetiremos que no merecen ya ningun crédito, si se han engañado sobre los principios fundamentales de la moral. En realidad, no hay

(1) MATEO, XIX, 27-29.—MARCOS, X, 29-30.—LUCAS, XVIII, 29, 30.

(2) MATEO, X, 42, 41.

alumno de filosofía que no tenga hoy nociones más exactas sobre moral que los evangelistas.

Al criticar la moral evangélica, nuestro único objeto es protestar contra la supersticion que quisiera divinizar al fundador del cristianismo, ó al ménos su enseñanza. Para aquellos que creen en el desenvolvimiento progresivo de la humanidad, esta protesta es inútil. En cuanto se admite que la verdad se revela por el órgano del espíritu humano, no puede haber ya la cuestion de una religion perfecta. El cristianismo no es, pues, la última palabra de Dios; no hay última palabra de Dios; por mejor decir, ese Verbo inefable se confunde con Dios; los hombres no lo conocerán jamas; aún cuando se encarnase para predicar la ciencia divina, la humanidad no le comprendería. Con mayor razon una criatura humana no puede concentrar en sí toda la sabiduría de los siglos. Esta es una imposibilidad absoluta. Las ideas y los sentimientos de los hombres se modifican incesantemente; pues bien, las creencias religiosas son la expresion de estos sentimientos y de estas ideas. Es decir, que la religion de hace diez y ocho siglos no puede ya ser la nuestra; luego Jesucristo no puede haber realizado el ideal religioso. Por alto que le coloquemos, la humanidad es más grande que él. Desde este momento el espíritu humano ha pasado más allá de la esfera intelectual y moral en que vivían Cristo y sus discípulos; luego nuestras creencias son más puras, más perfectas que el ideal evangélico. ¿Se quiere la prueba por confesion de los mismos cristianos? Los teólogos modernos se ven obligados á dar á los preceptos del Evangelio un sentido distinto del que le atribuían los primeros discípulos de Cristo. ¿Quién les ha revelado este nuevo sentido? ¿No es el trabajo progresivo del espíritu humano? ¿Por qué, pues, rebajar á la humanidad ante un sér en cierto modo ficticio, puesto que cambia á cada progreso que realiza el género humano, hasta el punto de que los apóstoles no reconocieran á su maestro en Cristo tal como lo conciben los teólogos del siglo XIX? Para los creyentes esta ilusion es una verdad, pero para los racionalistas, los libre-pensadores y los que no creen ya en el Hombre-Dios, la ficcion no tiene razon de ser, á ménos que se la busque en el respeto hácia la memoria del crucificado; pero este sentimiento raya en hi-

pocresía. Más vale la verdad y la realidad de las cosas que todas las ficciones del mundo. Procediendo así, no hacemos más que seguir el ejemplo de Cristo; aún glorificando á Moises y á los profetas declara que va más allá que las enseñanzas de la Ley antigua; dice que es preciso no poner el vino nuevo en odres viejos. Aceptemos como él el pasado, busquemos en él un punto de apoyo, separando en la religion cristiana la parte de verdad que encierra; pero no nos encadenemos al pasado, no pongamos nuestro vino nuevo en odres que tienen dos mil años de viejos; proclame-mos atrevidamente que esperamos una doctrina más amplia que la de Cristo: no destruirá al cristianismo, le dará cumplimiento.

## IV.

Cuando se comparan las apreciaciones que el siglo XIX hace del cristianismo, con los libros sagrados y con los escritos de los Padres de la Iglesia, creeríase que se trata de dos religiones completamente diferentes. A hacer caso de los escritores modernos, la predicacion evangélica habria sido tanto social y política como religiosa. ¿Es verdad que la igualdad política y social ha sido enseñada por Jesucristo? ¿Es verdad que el movimiento de libertad que arrastra á las sociedades modernas tiene su principio en la doctrina cristiana? Aún suponiendo que los dogmas del cristianismo tengan un sentido político, ¿satisfarian á las aspiraciones de la humanidad actual? La cuestion es capital; va en ella envuelto el destino del cristianismo tradicional. Una religion que quisiera abstraerse completamente de las preocupaciones de este mundo, correría gran peligro de ser abandonada en un siglo y por unos hombres que se interesan bastante más por las cuestiones sociales que por lo que los cristianos llaman la otra vida. Para influir sobre las almas es preciso que la religion responda á los sentimientos y á las ideas que agitan á los espíritus. ¿Llena el cristianismo estas condiciones? Los hombres políticos que permanecen unidos al cristianismo histórico han sentido la necesidad de poner las creencias religiosas en armonía con las tendencias políticas que dominan en la sociedad. De este orden de ideas procede la alianza de

la religion y de la libertad. No sabemos si debemos llamar á esta tan celebrada alianza una doctrina ó una política. Lo que sí es cierto es que el lenguaje liberal de los neocatólicos está en completa contradiccion con sus actos. Desconfiamos de un liberalismo que se acomoda al despotismo de la córte de Roma; no podemos tomar en serio á hombres que aplauden la libertad en Bélgica y en Francia, y que en otra parte toman la defensa del más espantoso régimen que ha existido jamas. La historia nos confirma en nuestra desconfianza. No sólo hoy han hablado los católicos de libertad. Hay una libertad que les ha sido siempre cara; la libertad de la Iglesia. ¿Y á qué tendia la libertad de la Iglesia, tal como la reivindicaban? A la servidumbre de los individuos y del Estado. Tememos mucho que la libertad que los católicos reclaman con tanto ardor en nuestros dias conduzca igualmente á encadenar el libre pensamiento y á colocar al Estado bajo el dominio de la Iglesia.

La alianza de la libertad y de la religion cuenta partidarios más sinceros. Pero la acogida hecha por la Iglesia al defensor más elocuente de esta doctrina debería abrir los ojos á los que participan de las mismas ilusiones. Aquel á quien los católicos veneran como el vicario de Dios, ha reprobado solemnemente á Lamennais y sus principios. Para los creyentes sinceros, el debate debe quedar cerrado desde el momento en que el Papa ha hablado. Si se quiere volver á tomar la tésis de una alianza condenada por los sucesores de San Pedro, hay que salir del catolicismo ortodoxo. Esto es lo que ha hecho un hombre sinceramente religioso y al mismo tiempo sinceramente partidario de los principios del 89. *M. Huet* cree que las ideas de libertad, de igualdad y de fraternidad que la revolucion inscribió en su bandera, son ideas cristianas. No admite que el cristianismo sea una religion del otro mundo, cree que el reino de Dios debe realizarse lo mismo en la tierra que en el cielo. Pero confiesa que tiene contra sí la tradicion; así es que rompe atrevidamente con el pasado, proclamando que la verdadera sociedad cristiana data de 1789.

¿Qué hay de verdad en esta apreciacion del cristianismo? Para aceptarla, es preciso colocarse en el terreno de la religion progresiva, es menester rechazar, no solamente el catolicismo de la Edad Media, sino aún la religion de los Padres de la Iglesia y aún el

cristianismo evangélico. Si Jesucristo es Hijo de Dios, si su predicación es una palabra revelada, debe creerse que el Evangelio contiene toda la verdad, y que no hay en él nada que cambiar ni nada que añadir. Ahora bien, ábrase la Sagrada Escritura, léase sin prevención, y habrá que convenir en que no hay ni rastro de doctrina política en la predicación de Cristo. Es hasta imposible comprender que Jesucristo haya pensado en una regeneración social. La creencia de que el fin del mundo estaba próximo se revela en todas sus palabras, en toda su enseñanza; ¿cómo estando convencido de que la consumación de los siglos iba á poner fin al mundo actual había de tener el pensamiento de reconstituir este mundo sobre las bases de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad? Su reino, dice, no es de *este mundo*. El profundo sentido de estas famosas palabras no puede ser dudoso para el que se penetra de los sentimientos de Cristo. Esperaba *otro mundo*, una tierra nueva, poblada de una generación de santos, sobre la cual se creía llamado á reinar. De aquí su desprecio de la existencia actual y de las miserables preocupaciones de los hombres; de aquí su desden de las riquezas; su indiferencia por los lazos de la familia. ¿Se nos quiere decir cómo la libertad y la igualdad políticas habían de encontrar lugar en este orden de ideas? Cristo no hubiera ni aún comprendido los principios que se le atribuyen, y si los hubiese comprendido los hubiese desdenado, como desdenaba todo lo que se refería á los intereses de un mundo, cuyo próximo fin esperaba.

El cristianismo es, pues, esencialmente una religión del otro mundo. ¿Es por esto decir que la religión sea tal esencialmente? Es verdad que es ante todo una relación del hombre con Dios. Pero es también una concepción de la vida; debe pues, modificarse con las ideas que los hombres se forman de la vida. Mientras crean que de un día á otro debe acabar la existencia terrestre para dar lugar á otro mundo, la religión será necesariamente la religión de este otro mundo. Si, por el contrario, este temor ó esta esperanza desaparece, si es reemplazada por la creencia de una vida progresiva é infinita, la vida presente recobrará su importancia, porque se confundirá con la vida futura, de la cual no es más que una fase; por consiguiente la religión cambiará también de

naturaleza; se interesará en la existencia terrestre, porque esta existencia no difiere en la esencia de la que espera en la vida del porvenir, y será forzosamente social y política. Esto es tan cierto, que esta revolución de las ideas religiosas se manifiesta ya en el seno del cristianismo tradicional. ¿Hay necesidad de insistir para probar que el cristianismo y la Iglesia se han interesado por este mundo? Se han tomado tanto interés que han tenido la pretensión de dominarlo. Por esto el cristianismo ha necesitado también de una doctrina política, porque es imposible que la religión gobierne los intereses civiles y sociales, si no tiene principios acerca de la organización de la sociedad. La revolución será todavía bastante más radical, cuando la religión abandone la creencia en el otro mundo en el sentido cristiano, y el espiritualismo excesivo, que es su consecuencia lógica. Si el cristianismo tiene una doctrina política, es por inconsecuencia, porque debe mantener como un dogma invariable el espiritualismo del otro mundo que reina en los consejos evangélicos. Pero la fuerza de las cosas ha triunfado sobre la pretendida verdad absoluta: nueva prueba de que la religión sigue necesariamente la marcha y los progresos de las sociedades. Cuando la religión entre francamente en este orden de ideas, enarbolará su bandera abiertamente: religión de este mundo, deberá tener principios que estén en armonía con las necesidades de este mundo.

En este sentido puede decirse que todas las religiones, tengan ó no conciencia de ello, tienen una doctrina social y política; aún puede decirse con la democracia moderna que sus aspiraciones no son más que la aplicación á la vida civil de los principios del cristianismo. La democracia pide igualdad: ¿qué dice el cristianismo? Los hombres son iguales ante Dios, son iguales por su origen y su fin común, tienen, pues, derechos y deberes comunes; una ley común, universal, debe regirlos. La democracia pide fraternidad; ¿qué dice el cristianismo? Todos sois hermanos; debemos, pues, amarnos y tratarnos mutuamente como hermanos. La democracia pide la paz, la asociación de los pueblos, para que los hombres marchen de concierto hácia la realización de su destino; ¿qué dice el cristianismo? Todos los pueblos son miembros de una gran familia, son hermanos, es un crimen verter la sangre

de su hermano. Podemos, pues, reivindicar á Jesucristo como *el príncipe de la paz*; predicando la caridad y la fraternidad, ha echado los fundamentos de la asociacion pacífica del género humano. Cristo, al ordenar al hombre amar al hombre, no distingue al ciudadano del extranjero; su doctrina de amor une en su universalidad á los pueblos entre sí, lo mismo que á los miembros de un mismo Estado; tiende á formar una sola sociedad de todas las naciones. «*El mundo*, decía hace diez y seis siglos *Tertuliano*, no es para nosotros más que una vasta república, patria comun del género humano» (1).

¿Es esto decir que el cristianismo encierra la solución de los graves problemas que agitan á nuestra sociedad? Si la religion cristiana satisficiera todas la necesidades del espíritu moderno, el siglo XVIII no se hubiera sublevado contra ella. Y, nótese bien, esta insurrección no data de Voltaire y de los enciclopedistas; se remonta á la cuna misma del cristianismo; una protesta no interrumpida le acompaña desde su nacimiento hasta nuestros dias. La revolucion francesa, léjos de ser el advenimiento político del Evangelio, ha sido, bajo ciertos aspectos, una tentativa para reemplazar la religion tradicional por un culto nuevo; prueba evidente de que la religion del pasado no satisfacía ya á los espíritus. Por esto los neo-católicos han imaginado la alianza de la religion y de la libertad, á fin de hacer aceptar el cristianismo por una sociedad para la cual la libertad ha llegado á ser una religion. Pero en vano preconizan el Evangelio como el principio de nuestra redención; para hacer del cristianismo una religion de libertad, se ven obligados á hacer mentir á la historia. Todo lo que puede decirse es que la célebre frase de Cristo *Dad á Dios lo que es de Dios y á César lo que es de César*, ha libertado al creyente del despotismo del Estado; pero la Iglesia se ha apresurado á volverle á encadenar. Los hombres del siglo XIX necesitan algo más que la libertad de la Iglesia, que es en el fondo la esclavitud del individuo; necesitan la libertad de pensar. Hé aquí ya una libertad incompatible con el cristianismo tradicional. Si desconoce ó des-

(1) «*Unam omnium rem publicam agnoscimus, mundum*» (TERTULL., *Apol.*, 38).

truye la libertad intelectual, ¿cómo ha de conocer la libertad política que es una consecuencia de la primera? Es inútil insistir sobre este punto: todo el mundo sabe que la libertad, tal como nosotros la deseamos, tal como la determinamos en nuestras constituciones, procede de la raza germánica y no del cristianismo. Cuando la libertad es desconocida, la igualdad y la fraternidad son igualmente viciadas. El cristianismo, léjos de abolir la esclavitud, la ha santificado en cierto modo. Durante la larga noche de la Edad Media, cuando la Iglesia dominaba sobre el Estado, la Europa gemía bajo el yugo de la más innoble servidumbre. Cuando los pueblos quisieron traducir en instituciones políticas y sociales el dogma de la igualdad, hallaron á la Iglesia entre sus enemigos; se formó una santa alianza entre el sacerdocio y los reyes para esclavizar á la humanidad. En cuanto á la fraternidad, no ha sido un obstáculo para que la religion divida á los hombres en creyentes é infieles, en ortodoxos y herejes, y esta división ha alimentado los odios, ha engendrado la inquisición, ha preparado las hogueras, ha excitado las guerras más sangrientas. Esto equivale á decir que no basta el cristianismo para guiar á la humanidad hácia sus nuevos destinos. Si quiere conservar ó reconquistar las almas, es preciso que se adune con los sentimientos y con las ideas que constituyen la vida de la humanidad moderna.

Al pedir que la religion deje de ser una religion del otro mundo, para ser una religion de éste, no queremos convertir la religion en política. La religion debe modificarse con los sentimientos y las ideas, pero no puede cambiar de esencia. Es y será siempre el vínculo de las almas; influye ante todo sobre el hombre interior, y, únicamente como consecuencia, sobre la sociedad. En este sentido es como debe ser su acción individual y social juntamente. Esta es una gran lección para los reformadores modernos, que se imaginan renovar la sociedad á fuerza de leyes ó de sistemas; olvidan que la sociedad se compone de seres individuales y que toda revolucion exterior no puede ser más que la manifestación de un cambio interior. ¿Quiere decir esto que la religion debe renunciar á modificar el mundo? Si es preciso regenerar á los individuos antes de reformar la sociedad, importa también organizar un medio favorable al desenvolvimiento de los individuos. Los estóicos

tenian tambien la noble ambicion de dar la perfeccion al hombre mediante el trabajo del espíritu; pero, al entregarse exclusivamente á esta obra de perfeccionamiento individual, olvidaron los males que corroian á la antigüedad, y fueron impotentes aún para regenerar á los individuos. La religion tiene una mision más elevada; salvar á los hombres, no sólo por la accion individual, sino tambien por la accion social.

Creemos que la religion así entendida es la ley de salvacion para la humanidad. La religion es la vida del hombre; cuando le falta, se consume en dolorosas agitaciones, sufre sin darse cuenta de la causa de sus sufrimientos, busca un remedio al mal que le atormenta, y se extravía por caminos peligrosos ó impracticables (1). Los unos, espíritus políticos, van en busca de una nueva organizacion social; los otros, conmovidos por la miseria, que nunca es más apremiante que cuando falta la fe á los desgraciados, piensan en cambiar las leyes que rigen la produccion y la distribucion de las riquezas, sueñan la perfeccion para criaturas imperfectas, la felicidad para seres que llevan al nacer la necesidad de una expiacion. El menor número se preocupa de las creencias que constituyen la vida de los pueblos, ven el verdadero mal en la falta de una religion, y el verdadero remedio en una renovacion de la fe. Curad las almas, reanimadlas con un rayo del amor divino, y la sociedad, que parecia muerta, revivirá; los furiosos odios que dividian á los hombres se apagarán; las clases inferiores no pedirán ya la igualdad absoluta, sabiendo que la desigualdad que se deriva del nacimiento es obra de Dios; las clases superiores no verán ya enemigos por bajo de ellas, sino hermanos, sabiendo que Dios les ha dado las riquezas, no como un derecho, sino como un deber. Bajo la influencia de estos sentimientos, las relaciones políticas y económicas se modificarán por sí mismas.

(1) Escrito en 1850.

## CAPÍTULO II.

### LA CARIDAD.

#### § I. — La Caridad cristiana.

La predicacion evangélica se reasume en la caridad. Jesucristo, al recomendar á sus discípulos que se amasen los unos á los otros, dice que les da un *mandamiento nuevo* (1). Estas palabras han sido una dificultad para los Padres de la Iglesia. ¿No habia prescrito Moises el amor al prójimo? ¿Por qué, pues, dice Cristo que la caridad es una Ley nueva? Tambien los filósofos habian enseñado el amor de los hombres; sin embargo, la frase de Jesucristo es profundamente verdadera. El mundo antiguo no conocia la caridad. La fuerza dominaba en el paganismo. Aun cuando la filosofia, en su expresion moral más elevada se propusiese por fin la felicidad de los hombres, no tenía entrañas para con los esclavos y los Bárbaros. El mosaismo habia reconocido la gran ley de caridad que debe regir las relaciones de los hombres, pero ésta no podia recibir su desarrollo en el seno de una sociedad fundada en el aislamiento, no podia ni aún ser concebida en toda su sublimidad por un pueblo que adoraba en Dios más bien el poder que la bondad. A pesar de las aspiraciones de Moises, *el temor* siguió siendo la señal característica de la Ley antigua (2). Jesucristo vino á

(1) JUAN, XIII, 34.

(2) CLEMENT. ALEX., *Paedag.*, I, 7, p. 133: ὁ νόμος παιδαγωγῆται τὸν λαὸν μετὰ φόβου.